

Descubrir el mundo, construir un mañana mejor. La participación de las mujeres en el Servicio Universitario del Trabajo*

Pilar Mera-Costas¹

Universidad Nacional de Educación a Distancia
pmeracostas@poli.uned.es

RESUMEN: *Nacido en 1950, el Servicio Universitario del Trabajo (SUT) fue una experiencia de voluntariado juvenil amparada por la Universidad franquista. Su objetivo era poner en contacto a la nueva generación universitaria con el mundo obrero. Durante sus veinte años de existencia, contó con la participación de miles de estudiantes de ambos sexos, que vivieron una experiencia de inmersión en una realidad muy alejada de su entorno de élite pequeñoburguesa. Esto supuso un auténtico choque personal, que llevó a muchos de ellos del compromiso social a la socialización política, tomando conciencia e, incluso, incorporándose a la oposición antifranquista.*

El objetivo de este texto es analizar la participación de las mujeres en el SUT en sus diferentes dimensiones y actividades, desde los campos de trabajo femeninos, que comenzaron en 1957, hasta las campañas de alfabetización, donde llevaron buena parte del peso. Así, se pretende conocer cómo vivieron las estudiantes su compromiso social, cómo desarrollaron su contacto con las obreras y cómo impactó el choque de realidades en su percepción del mundo y su politización, entendiendo el SUT como un espacio privilegiado de aprendizaje y activismo, que supuso para ellas la

* Esta investigación forma parte del proyecto de investigación «El Servicio Universitario del Trabajo (SUT) en la España de Franco. Una perspectiva europea comparada, 1950-1970» (HAR2017-85967-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, liderado por Miguel Ángel Ruiz Carnicer y que estuvo en vigor entre el 1 de enero de 2018 y el 31 de diciembre de 2021.

Siglas de archivo: Archivo de la Asociación de Amigos del SUT, archivo de consulta en línea, <https://sut.org.es/> (Archivo AASUT).

¹ ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-7198-118X>

oportunidad de abrirse a un mundo muy diferente del que el régimen franquista les tenía reservado.

PALABRAS CLAVE: mujeres; Servicio Universitario del Trabajo; voluntariado; movimientos juveniles; democratización; franquismo.

Discover the world, build a better tomorrow. Women's participation in the Servicio Universitario del Trabajo

ABSTRACT: *Created in 1950, Servicio Universitario del Trabajo (SUT) was a youth volunteer initiative supported by Francoist universities which aimed to bring the new college generation into contact with the working world. Thousands of students of both sexes participated during its twenty years of existence, with an immersive experience in a reality far removed from their elite petty-bourgeois environment. At the personal level, it proved a genuine shock that led many from social engagement to political socialization, gaining heightened social awareness and even joining the anti-Franco opposition.*

This article seeks to analyse women's participation in the different dimensions and activities of SUT, from female work camps, starting in 1957, to literacy campaigns, where they carried much of the weight. The aim is to understand the students' experience of social engagement, how they developed contact with the workers and how the collision of these worlds impacted on their perceptions of reality and politicization. SUT is seen as a privileged space for learning and activism that opened student eyes to a world that was very different from the one the Franco regime had reserved for them.

KEY WORDS: women; Servicio Universitario del Trabajo; volunteering; youth movements; democratization; Francoism.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Mera-Costas, Pilar, «Descubrir el mundo, construir un mañana mejor. La participación de las mujeres en el Servicio Universitario del Trabajo (SUT)», *Hispania*, 82/272 (Madrid, 2022): 779-809. <https://doi.org/10.3989/hispania.2022.022>.

INTRODUCCIÓN

En sus comienzos, el SUT sólo estaba abierto para los universitarios. El problema del relajamiento social, del descompromiso, era, no obstante, tan grave o más entre las universitarias. Con un criterio sanamente feminista se entendió que bajo la fórmula tradicional de «las mujeres a sus cosas» no podía jamás pretenderse el logro de la sociedad responsable a la que aspiraba el Servicio Universitario del Trabajo.

Con estas palabras iniciaba Manuel Vázquez Montalbán un artículo titulado «La experiencia femenina»², en el que reivindicaba el acierto que supuso para la organización y su funcionamiento abrir el Servicio Universitario del Trabajo (SUT) a la participación de las mujeres. El SUT fue una experiencia de voluntariado juvenil que nació en 1950 al amparo de la Universidad franquista. Su objetivo, muy en la línea de los viejos planteamientos falangistas, era poner en contacto a la nueva generación de españoles que llegaba a la Universidad con el mundo de los obreros. A través de sus campos de trabajo, de las campañas de alfabetización y del trabajo dominical en los barrios de aluvión, estos jóvenes vivieron una experiencia de inmersión en una realidad muy alejada de la suya propia, la de una élite pequeñoburguesa de ciudades grandes o capitales de provincia. Para un buen número de ellos, la experiencia supuso un auténtico choque personal que los llevó del compromiso social a un proceso de socialización política, tomando conciencia e, incluso, incorporándose a la oposición antifranquista. En sus veinte años de vida, el SUT organizó 480 campos de trabajo, en los que participaron 13.200 estudiantes, y campañas de alfabetización que llegaron a 388 pueblos y a unas cien mil personas, que contaron con la participación de 2.200 estudiantes de ambos sexos. Estas cifras lo convierten en la mayor experiencia de voluntariado juvenil de la España franquista³.

El objetivo de este texto es analizar la participación de las mujeres en el SUT en sus diferentes dimensiones y actividades, desde sus inicios en la ayuda dominical, pasando por los campos de trabajo femeninos, que comenzaron en 1957, hasta las campañas de alfabetización, donde llevaron buena parte del peso. De este modo, se pretende conocer cómo vivieron las estudiantes esta experiencia de compromiso social, cómo fue su participación en el funcionamiento interno de la organización, qué diferencias encontraron en su contacto con las obreras respecto a la experiencia masculina y cómo impactó el choque de realidades en su percepción del mundo y su politización, entendiendo el SUT como un espacio privilegiado de aprendizaje y activismo que supuso para ellas la oportunidad de abrirse a un mundo muy diferente del que el régimen franquista les tenía reservado.

Para ello se utilizará la rica documentación que custodia la Asociación de Amigos del SUT (AASUT). Esta agrupación comenzó su tarea de manera informal, a partir del reencuentro, muchos años después, de antiguos amigos y compañeros de andanzas en esta experiencia de voluntariado. Conscientes de lo que su participación en la organización había supuesto en el devenir de sus vidas y en su toma de conciencia social y política, decidieron reconstruir la historia del SUT, perdida en la memoria de los viejos tiempos. Con ese fin

² Archivo AASUT, Manuel Vázquez Montalbán, «La experiencia femenina», *Gaceta del SUT*, Madrid, s/f: 4-5.

³ RUIZ CARNICER *et al.*, 2021.

comenzaron a recopilar información y a localizar a otros exsutistas, tareas ambas en las que tuvieron un éxito notable. En 2017 se constituyeron como asociación y crearon un archivo donde conservar y compartir todo el material recabado que, además de fotografías, dibujos y objetos, incluye numerosa documentación, como boletines, gacetas y otras publicaciones del SUT nacional o de sus diferentes delegaciones, informes, memorias y diarios de las campañas y los campos de trabajo, folletos informativos, documentos de planificación de actividades, encuestas e información económica, informes sobre el SUT de otras instituciones del régimen; recortes de prensa...

Esta espléndida base documental se completa con otra fuente de notable interés para esta investigación: los cuestionarios escritos con reflexiones de los antiguos sutistas sobre sus impresiones y recuerdos de su etapa en el SUT. En ellos, los participantes desgranaban su experiencia en la organización desde el momento en el que tuvieron conocimiento de ella, explicando su grado de compromiso y participación en la misma y el tipo de actividades en las que participaron. Además, rememoran las tareas que realizaban, recuerdan anécdotas y explican lo que supuso para ellos la toma de contacto con los obreros y su mundo, así como con compañeros de otras provincias con los que compartían inquietudes sociales, reflexionando sobre la influencia que estos encuentros tuvieron en su visión del mundo y en su toma de posición política tanto en el corto plazo como a lo largo de su vida. Estos cuestionarios siguen el modelo elaborado por el grupo de investigación liderado por Miguel Ángel Ruiz Carnicer, en el que participan historiadores como Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma Landrín o Luca La Rovere, y que empezó a colaborar con los veteranos del SUT antes de que se constituyesen como agrupación⁴.

El análisis de esta documentación, con especial atención tanto a diarios, memorias e informes de campaña, como a los cuestionarios, permitirá profundizar en el impacto que la experiencia sutista supuso para muchas estudiantes procedentes, en su mayoría, de familias de clase media y media alta de ciudades medianas o grandes. Una élite urbana pequeñoburguesa que estaba llamada a formar parte de los grupos de liderazgo económico y social de la siguiente generación y que se encontró de bruces con una realidad social, cultural y económica muy diferente a la del mundo en el que había crecido y que contradecía los relatos heroicos sobre Franco y su régimen.

En el caso de las mujeres, además, se añade la posición que ocupaban en ese mundo y el papel que estaban destinadas a desempeñar de acuerdo con los valores dominantes en el periodo. El régimen franquista, cimentado en un

⁴ Los cuestionarios fueron elaborados dentro de la actividad investigadora del proyecto HAR2012-36528, liderado por Miguel Ángel Ruiz Carnicer, y en el que este equipo comenzó su colaboración con los veteranos sutistas. La riqueza de este contacto dio lugar a un nuevo proyecto de investigación centrado en el SUT, en el que se inserta esta investigación.

rígido sistema de género, había reforzado la situación de subalternidad de las mujeres a través de un nuevo orden jurídico que rechazó de manera sistemática los derechos políticos y sociales que habían conquistado durante la Segunda República y subrayó la posición de superioridad de los hombres. El nuevo estado apostó por un modelo arcaico de mujer recatada, sumisa y dependiente, mediante la asunción de leyes, normativas, modelos educativos y creencias nacionalcatólicas y nacionalsindicalistas que certificaban la discriminación y la falta de libertad de las españolas. Por eso, para ellas, una experiencia como la del SUT, que les permitía viajar lejos de su hogar durante un mes, convivir con jóvenes de su edad sin supervisión de adultos o profesores y las colocaba en un escenario vivo, pobre y tan diferente al suyo, suponía en sí misma un terremoto⁵.

LA INCORPORACIÓN DE LAS MUJERES AL SERVICIO UNIVERSITARIO DEL TRABAJO

El nacimiento del SUT está muy vinculado a la figura del sacerdote jesuita José María de Llanos. El padre Llanos era un hombre enérgico, con una espiritualidad profunda y marcadas dotes de liderazgo que le permitieron impulsar proyectos nuevos y conectar con facilidad con la gente más joven. Su capacidad para emprender actividades novedosas, siempre necesitado de acción, se plasmó también en su evolución política personal, con cierta tendencia al mesianismo. Así, su trayectoria comenzó en el falangismo, fundido con su vocación y su apuesta por el sacerdocio, y culminó en la militancia sindical y comunista de la etapa final de su vida. Como joven seminarista vivió el golpe del 18 de julio como una necesidad y creyó que la destrucción general de la Guerra Civil otorgaba al país la oportunidad de comenzar de cero y así construir una sociedad mejor, cimentada con solidez en los valores cristianos⁶.

Llanos deseaba promover un espacio en el que estudiantes y obreros pudiesen mantener una convivencia sana de apoyo mutuo, conociendo sus inquietudes y esperanzas. Lo concebía como un instrumento de formación para la juventud universitaria, que profundizaría en su dimensión humana y le ofrecería la oportunidad de aprender a realizar tareas manuales para ejercitar el sentido del deber y el derecho al trabajo, intelectual y físico. Y mientras los universitarios conocían la realidad en la que vivía la clase trabajadora, esta descubriría que las nuevas generaciones de estudiantes eran personas de carne y hueso que se preocupaban por problemas ajenos, tan alejados de su ambiente habitual. Este conocimiento permitiría que la juventud se hiciese responsable de lo que le sucediese a los demás, consiguiendo ir más allá de la crítica estéril

⁵ NASH, 2015, posición 3440.

⁶ LAMET, 2013, posición 2206.

al apostar por una acción positiva al alcance de su mano. Se trataba, por tanto, de buscar espacios de encuentro para

... contribuir a realizar la unidad entre los hombres y la clase obrera de España, acercar la Universidad al mundo del trabajo y proporcionar al universitario, como hombre de estudio que es, un dato objetivo de la realidad española y de su problemática social, económica, cultural y humana⁷.

Con este propósito como horizonte, la semilla del proyecto surgió en una residencia universitaria de Madrid, *Cor Iesu*, fundada por Llanos en 1949. Una tarde a la semana, los treinta residentes acudían a los talleres de la Institución Virgen de la Paloma, en la Dehesa de la Villa, para aprender un oficio manual: mecánica de motores, electricidad, fontanería... Entre los estudiantes circulaban libros como *Dieu parlerai ce soir* o *Les saints vont en enfer* e información sobre el movimiento francés de los curas obreros. Con este cruce de influencias e impulsados por Llanos, los jóvenes se plantearon la idea de aprovechar una parte de sus vacaciones de verano para vivir en carne propia esta experiencia de acercamiento a los obreros que ocupaban sus charlas y tanto los atraía. Así, tres de los residentes acudieron en el verano de 1950 a las minas de oro de Rodalquilar, explotadas por la Empresa Nacional Adaro, que dirigía el ingeniero Ramón de Rotaèche. Durante un mes, José Antonio Gómez Meana, Gerardo López García y Eduardo Zorita Tomillo trabajaron cumpliendo la misma jornada y cobrando el mismo salario que los mineros.

Animados por la experiencia y con el apoyo de Rotaèche, el grupo organizó una nueva estancia en Rodalquilar en el verano de 1951. Esta vez ya no como una actividad de la residencia, sino abierta a universitarios de Madrid. El nuevo campo de trabajo estuvo bajo la dirección de Eduardo Zorita, muy cercano al padre Llanos. Asistieron treinta estudiantes. El campo fue un éxito y la noticia circuló por la universidad. Ante la buena acogida y la demanda de nuevos campos, se decidió ampliar la actividad a otros sectores industriales. Sin embargo, este crecimiento en número de campos, diversificación de tareas y acogida de estudiantes implicaba una labor de organización y unos medios muy superiores a los utilizados hasta el momento. El padre Llanos se puso en contacto con Jorge Jordana Fuentes, jefe nacional del Sindicato Español Universitario (SEU), en busca de apoyo logístico. La acogida fue excelente y el SEU creó un Servicio Universitario del Trabajo dentro de su estructura, le asignó un despacho en la Jefatura Nacional y nombró a Zorita jefe del servicio. Así nacía oficialmente el SUT⁸.

⁷ Archivo AASUT, doc. 2193.

⁸ Archivo AASUT, *Historia del SUT*, transcripción de una conversación con Eduardo Zorita, diciembre de 2014.

Durante la década de los cincuenta, el interés de los estudiantes por la experiencia mantuvo una tendencia al alza y se multiplicó el número de campos de trabajo y de universitarios interesados en ella. De manera paralela, el SUT comenzó un programa de actividades durante el curso con el objetivo de mantener el contacto de los estudiantes con la realidad precaria de los obreros a lo largo de todo el año, y no en el otro extremo del país, sino en su propia ciudad, la ciudad en la que habían nacido o la que los acogía para realizar sus estudios. Así nació el trabajo dominical, un servicio que descubrió a los estudiantes la existencia de núcleos chabolistas en su entorno más cercano. La marea de emigrantes que llegó del campo a las grandes ciudades desde la segunda mitad de la década de los cincuenta encontró acomodo en estos cinturones de infraviviendas, que crecían de manera espontánea alrededor de las principales poblaciones. La labor de los universitarios se centró en intentar mejorar la situación de estas barriadas, absolutamente descuidadas por parte de las autoridades municipales, construyendo viviendas y mejorando sus condiciones de saneamiento. También prestaron asesoría jurídica y apoyo educativo y realizaron campañas para intentar mejorar la alimentación de los menores o para dar asistencia sanitaria. El trabajo del padre Llanos y otros jesuitas en el madrileño barrio del Pozo del Tío Raimundo fue el primer ejemplo y el más celebre, pero el SUT desplegó esta actividad en las principales ciudades universitarias⁹.

Puesto que el único requisito para participar en las actividades del SUT era ser estudiante universitario, no había una barrera de género que impidiese a las mujeres formar parte de esta organización. En los primeros años, la escasa presencia femenina en la universidad limitó la importancia de este asunto, pero con el avance de la década y las transformaciones sociológicas que acompañaron a la misma, los números comenzaron a cambiar. La multiplicación exponencial de estudiantes femeninas en los campus también tuvo su reflejo en su participación en el SUT, que en el primer momento se canalizó sobre todo en el trabajo dominical. Pero la implicación creciente de las mujeres en el servicio tuvo dos consecuencias inmediatas. La primera, la aparición del primer campo de trabajo femenino, en 1957, que respondía a la demanda de las universitarias de participar en este tipo de actividades y no solo en la ayuda dominical. La segunda, la reflexión sobre cómo articular, desde el punto de vista organizativo, la presencia de mujeres en el SUT¹⁰.

Teniendo en cuenta la estricta separación entre hombres y mujeres que caracterizaba al partido único, se planteó la posibilidad de diferenciar por sexos de manera orgánica el SUT, de modo que hubiese un SUT masculino y otro femenino que funcionasen de manera independiente. Esto significaba que las estudiantes quedarían bajo el control directo de la Sección Femenina,

⁹ MUÑOZ SORO, 2017: 156-180.

¹⁰ SESMA LANDRÍN, 2021: 236-237.

reforzando la dependencia de las mujeres de la organización dirigida por Pilar Primo de Rivera, omnipresente en todo lo relativo a formación y actividades de y para las mujeres. Así lo defendió en el Congreso Nacional de Estudiantes de 1953 la Regidora General de la Sección Femenina. Controlar un SUT femenino, además, permitiría canalizar una vocación social que la institución había intentado poner en marcha a través de un proyecto conocido como Apostolado de los Suburbios, que buscaba competir con el Apostolado de los Suburbios que Acción Católica de la Mujer había puesto en marcha en 1943. Esta iniciativa no llegó a arrancar con esa denominación, aunque bajo su paraguas se inauguraron en 1954 las Residencias de Productoras, que buscaban fomentar la convivencia entre estudiantes y obreras durante las vacaciones de verano, con el fin de «ayudar a la formación total e integral de la universitaria y proporcionar a las productoras la posibilidad de un mejoramiento moral y social por el contacto como [sic] personalidad más cuajadas y capaces»¹¹.

Sin embargo, la que se impuso fue la otra opinión, la que consideraba que la justicia social no entendía de sexos y que cada cual, desde su condición, debía aportar sus capacidades. Por tanto, no tenía sentido la separación organizativa. Aunque en la práctica se mantuvo cierta separación en las acciones, sobre todo en los campos de trabajo, planteados en su mayoría de manera diferenciada, la decisión implicó una estructura organizativa única y una mayor autonomía institucional por parte del SUT, al depender simplemente del SEU y evitar el control de otra pata administrativa del régimen.

El primer campo de trabajo femenino se organizó el verano de 1957, quinto año bajo el paraguas del SEU. Sin embargo, las disquisiciones sobre cómo organizar la participación femenina en el SUT siguieron todavía durante unos años. El 2 de noviembre de 1959, en una de las reuniones que los estudiantes implicados en la organización celebraban durante el curso para reflexionar sobre el funcionamiento de la institución, hacer balance de las actividades pasadas, preparar las del curso venidero o reforzar la formación de los participantes, se llevó a deliberación este tema. La reunión tuvo lugar en Navacerrada y las encargadas de presentar la ponencia fueron dos estudiantes del distrito de Santiago de Compostela: María Carmen Pumar y María Luisa Rodejas. Los asistentes apoyaron su posición y concluyeron que el problema social era único, lo que implicaba la necesidad de una respuesta que también lo fuera. Más allá de adaptarse a los matices diferenciados derivados de las necesidades particulares de obreros y obreras, esta respuesta única exigía contar con la misma organización y directrices comunes¹².

¹¹ BARRERA, 20 (Madrid, 2022): 436-465.

¹² Archivo AASUT, doc. 2348-195912, *Programa Cursillo Navacerrada*. Archivo AASUT, *Gaceta del SUT*, 1, 12 de marzo de 1960: 2.

Así se lo comunicaron al jefe nacional del SEU, Jesús de Aparicio, y así se consolidó lo que ya era una práctica. La decisión generó numerosos recelos dentro de la Sección Femenina al ver cómo se escapaba de su tutela una vía participativa de tanto peso, algo que no podía sentar bien en una organización cuyo principal propósito era acaparar el control y la educación de las españolas con el fin de captar militantes para Falange o, si se casaban y abandonaban su actividad, para que formasen a sus hijos en el ideario nacionalsindicalista. Por eso y para intentar evitar conflictos, el discurso público del SUT se esforzó en hacer hincapié en conceptos como la justicia social, siempre bien recibidos por el falangismo. Además de romper el monopolio de la Sección Femenina sobre las actividades de las mujeres en el régimen, el SUT supuso abrir espacios para la realización de tareas comunes entre hombres y mujeres, incluso para la convivencia mixta entre estudiantes, algo rompedor y novedoso para la época. Esta convivencia se daba sobre todo en las actividades que se celebraban durante el curso, como la ayuda dominical, y en las campañas de alfabetización, pues los campos siguieron reflejando, de manera mayoritaria, la segregación por sexos del trabajo industrial español¹³.

Por otra parte, organizar el SUT como una institución única implicó que las mujeres pudiesen participar sin distinción con sus compañeros varones, al menos en teoría, en los distintos niveles de su funcionamiento institucional. Así, las mujeres intervenían como ponentes en los seminarios que se celebraban durante el curso, presentando charlas temáticas formativas o documentos de apoyo para la toma de decisiones internas, como el caso de las dos estudiantes santiagoenses citadas en la reunión de 1959 en Navacerrada. Asimismo, podían ser responsables de una actividad. En el caso de los campos de trabajo femeninos, la jefatura del campo recaía de manera obligatoria en una mujer y sus funciones eran similares a las de sus iguales masculinos¹⁴.

La jefatura de campamento preparaba a las estudiantes para encargarse de otras responsabilidades, de modo que podían llegar a ser jefas del SUT en su distrito universitario. Fue el caso, por ejemplo, de María Jesús Mateo Sanz, encargada de la dirección del SUT en Salamanca en 1968, o de Teresa García Alba, del distrito de Barcelona entre 1964 y 1966. La experiencia de ambas ejemplifica las dos caras con las que se vivió la incorporación de las mujeres a la estructura organizativa y de mando del SUT. La de María Jesús Mateo Sanz resume lo vivido por muchas compañeras que, en sus testimonios, reflejan la hostilidad que despertaba esta vocación igualitaria y la opción de que las mujeres asumiesen puestos de responsabilidad. Así, tras su nombramiento como directora del distrito de Salamanca, esta estudiante vallisoletana de Románicas comenzó a sufrir presiones por parte de dos compañeros del SUT de «mentalidad fascista que

¹³ CENARRO, 2006: 76-78.

¹⁴ Archivo AASUT, doc. 2193-196300, *ACTIVIDADES SUT VERANO 1963*, E CALONGE, F.

querían dirigirlo ellos y me hicieron la vida imposible». La situación le resultó tan insoportable que presentó su dimisión, aunque siguió como sutista y en 1969 último año de la organización, todavía dirigió el campo de trabajo en la conservera Albo de Vigo¹⁵.

Por su parte, Teresa García Alba representa la máxima expresión de la aparente igualdad en las posibilidades de acceso a los cargos. Comenzó su participación en el SUT en 1964, en la campaña de educación popular de Galicia. Realizó el curso de formación previo, donde la nombraron responsable de la comarca ourensana de Xinzo de Limia. Esta estudiante de Derecho se acercó al SUT con la idea de conocer mejor el mundo obrero, pues había decidido orientar su futuro profesional en el ámbito del derecho laboral, como asesora jurídica de la clase trabajadora. Sin embargo, según su recuerdo, su conocimiento fue menos directo de lo que esperaba. Debido a su puesto, su principal ocupación fue asistir a los universitarios de su zona que acudieron a la campaña y facilitar la elaboración de sus propuestas. Por esa razón, mantuvo un contacto más estrecho con los estudiantes que con obreros y campesinos. Tras volver de Ourense, fue nombrada responsable del SUT en su distrito universitario, el de Barcelona. Y, al contrario que María Jesús Mateo, su experiencia fue más amable y su mandato duró dos años, en los que, además, fue responsable de la comarca de Cañete, en la campaña de Cuenca y Teruel, y del Departamento de Actividades Culturales en la campaña de Jaén de 1966¹⁶.

Al regreso de aquel verano, Teresa García Alba dejó su puesto al frente del SUT barcelonés, pero no lo abandonó por la presión de compañeros hostiles ni cesada por superiores descontentos, sino porque se convirtió en la directora nacional del Servicio Universitario del Trabajo. Fue la primera mujer en alcanzar esa posición, lo que supuso para ella «un verdadero reto por mi condición de mujer, por mi edad y mis ignotas capacidades gestoras y directivas, que puse a prueba»¹⁷. Ocupó esta posición desde entonces hasta octubre de 1968, cuando fue cesada por los incidentes acontecidos en la campaña de León.

Su etapa como responsable del SUT coincidió con el periodo final del mismo. El SEU se había disuelto en abril de 1965, después de que la movilización estudiantil demostrase que ya no era un instrumento útil para controlar el auge del antifranquismo en la universidad. Con su desaparición, toda la estructura institucional y los servicios a los estudiantes se mantuvieron sin su paraguas, por lo que el régimen decidió mantener parte de esa armazón bajo un nuevo rótulo: la Comisaría para el SEU, un departamento con rango de Delegación Nacional dentro del Movimiento. Y colocó al frente a Ignacio García López, hombre del aparato, ex secretario general del SEU a principio de los

¹⁵ Archivo AASUT, *Cuestionario de María Jesús Mateo Sanz*.

¹⁶ Archivo AASUT, *Cuestionario de María Teresa García Alba*.

¹⁷ Archivo AASUT, *Cuestionario de María Teresa García Alba*.

cincuenta y que sería el último ministro del Movimiento en el primer Gobierno de Adolfo Suárez.

Durante este periodo, el SUT se mantuvo como un organismo relativamente autónomo. Fracasada la vía del SEU, el franquismo intentó controlar la universidad a través de la represión, que ejerció, bien a través de la Policía, bien a través de las autoridades académicas. Como consecuencia, se sucedieron los cierres de instalaciones universitarias durante semanas o meses, las detenciones sin garantía, las suspensiones de prórrogas del servicio militar por estudios provocadas por informes policiales, los expedientes de anulación de matrícula o las expulsiones de estudiantes. El régimen intentaba frenar por la fuerza al movimiento universitario, que buscaba democratizar la representación estudiantil y convertir la universidad en un espacio de libertad al margen del franquismo¹⁸.

El SUT no fue ajeno a esta progresiva dinámica de oposición. Era el único servicio integrado en la Delegación-Comisaría del SEU que seguía manteniendo una actividad que sobrepasaba lo burocrático y se apoyaba en el contacto directo con los universitarios. Se había convertido en algo que deseaban y gestionaban los propios estudiantes, sobre todo las campañas de educación popular, que a estas alturas eran su puntal principal. La Comisaría percibía al SUT como un servicio a los alumnos y alumnas con intereses sociales, pero temía perder su capacidad de controlarlo debido a la politización de la universidad, lo que hizo que aumentase la vigilancia sobre sus movimientos. También la propia dinámica de la organización en esta etapa final se convirtió en un reflejo de la evolución política y social de los universitarios en los últimos años sesenta. Por una parte, sus integrantes hicieron un esfuerzo por teorizar el hecho social. En su opinión, la reflexión intelectual sobre la exclusión y la pobreza era insuficiente. Los sutistas ya no se conformaban con dar testimonio, sino que buscaban en el análisis sociológico las razones de la injusticia como primer paso para solucionarla¹⁹.

Por otro lado, cada vez era mayor la penetración de miembros de la oposición en la organización, al tiempo que entre sus participantes crecía de manera progresiva la asunción de una actitud de rechazo a la dictadura. Esto tuvo su reflejo en nuevas iniciativas que intentaron poner en práctica, como la propuesta de ofrecer, como alternativa al servicio militar, actividades similares a las impulsadas por el SUT: alfabetización, ayuda a comunidades en riesgo de exclusión... En realidad, con ello el equipo directivo intentaba atraerse a los jóvenes con inquietudes sociales, que ya habían traspasado los umbrales de la movilización política, por lo que las actitudes tibias se les quedaban cortas. Algo a lo que los dirigentes tampoco eran ajenos, pues estaban

¹⁸ HERNÁNDEZ SANDOICA, RUIZ CARNICER y BALDÓ, 2007: 217-225.

¹⁹ RUIZ CARNICER, 2021: 76-84. Para más información sobre el seguimiento que el régimen hace del SUT a través de la Dirección General de Seguridad, véase SÁEZ, 2022.

ya muy próximos (o pronto lo estarían) a organizaciones como la Federación Universitaria Democrática Española o el Partido Comunista de España²⁰. Por esta razón, Teresa García Alba y su equipo intentaron mantener su autonomía organizativa respecto a la Delegación-Comisaría. También las campañas celebradas durante el bienio que duró su mandato reflejaron esta realidad. Así, cambió tanto su enfoque como la actitud de los estudiantes, que superó la línea ambigua de lo permisible para el régimen, lo que terminó por hacer inviable la supervivencia del SUT.

Especialmente crítica resultó la campaña del verano de 1968, que se celebró en León y que coincidió con la huelga de mineros de Matarrosa del Sil. Los seis estudiantes que compartían campo de trabajo con los huelguistas se solidarizaron con ellos y, según algunos testimonios, incluso los acompañaron en una marcha hasta la sede del Gobierno Civil. Si bien las informaciones contradictorias no parecen dejar claro si esta marcha se realizó o no, lo cierto es que el gobernador civil consideró que los jóvenes estaban alentando la huelga, por lo que pidió su expulsión de la campaña. La dirección del SUT respondió retirándolos no a ellos, sino a los seiscientos universitarios que participaban en las actividades de León, lo que se tomó como un desafío al régimen.

El 13 de octubre de 1968, Teresa García Alba escribió una carta a los sutistas explicando lo que había sucedido, llamando a la autocrítica y a la respuesta firme y leal al SUT por parte de todos sus integrantes, al tiempo que dejaba clara su intención de defender una interpretación autónoma de la organización que respetase su vocación social y la independencia de su gestión por parte de los estudiantes.

Después de todas las vicisitudes por las que atravesó la Campaña, el final, y esto es importante para el universitario, fue el abandono voluntario del campo de acción en señal de protesta por una situación que se le presentaba como injusta, y con ánimo de evitar situaciones que pudieran provocar males mayores.

Esta actitud y las causas que la motivaron está condicionando ciertas posturas y creando problemas a posteriori, cuya solución e incógnita, aún no está lo suficientemente clara.

Lo que realmente es claro, vistas las deficiencias y errores cometidos, es la urgente necesidad de un nuevo planteamiento, no sólo de las actividades nacionales, sino de las de los distritos, e incluso de las personales. (Me refiero a las posturas pretéritas de cada uno de nosotros respecto al SUT, deficiencias, inaptitudes, colaboraciones y su significado y traducción actual). En virtud de la falta de o mala participación de este verano y de esa reestructuración es por lo que pido total lealtad al SUT al plantearse la determinación a tomar en función de la continuidad en los cargos y misiones. Sería desagradable llegar a medidas rígidas o extremas contra quienes se

²⁰ Archivo AASUT, *Cuestionario de Antonio Ruiz Va.*

supone cargados de buena voluntad, pero no han sabido demostrarlo, en contraposición a aquellos cuya entrega ha sido total y sincera.

No caben esperas. Os ruego que vuestros pronunciamientos y la expresión de vuestras voluntades sean lo más urgentes posibles²¹.

Pero no hubo margen de maniobra. Como consecuencia de los sucesos de León, Teresa García Alba y su equipo fueron cesados. Quedaba de manifiesto la incapacidad del régimen de integrar en su seno la movilización política y social de los estudiantes y, con ello, la imposible supervivencia del SUT. En 1969 todavía hubo una última campaña, pero fue el canto del cisne de una experiencia que durante casi veinte años ofreció a los estudiantes la posibilidad de ensanchar su mundo y su conocimiento de la realidad. Las mujeres no fueron ajenas a este espacio de libertad y sociabilización política. Más allá de la experiencia paradigmática de la que llegó a ser su directora nacional, como se verá a continuación, los campos de trabajo femeninos y las campañas de educación popular supusieron una oportunidad de sobrepasar los estrechos horizontes que el franquismo y la Sección Femenina habían reservado para ellas.

LOS CAMPOS DE TRABAJO FEMENINOS

Después de una tentativa inicial en 1953 en la que cuatro mujeres se sumaron a un campo agrícola en Las Hurdes, el primer campo de trabajo femenino se organizó en Hilaturas Navarro Cabedo, empresa valenciana que se dedicaba a la fabricación industrial de hilados de cáñamo, en 1957. Supuso la primera toma de contacto de las universitarias sutistas con este tipo de actividad que se desarrollaba en verano en turnos de un mes, realizando el trabajo habitual de cualquier obrera con su misma jornada, aunque a menudo sin las horas extras obligatorias que sí tenían sus compañeras, y cobrando idéntico jornal. Participaron treinta estudiantes, casi todas con experiencia previa en la ayuda dominical y la mayoría procedentes del distrito universitario de Santiago de Compostela, universidad donde el SUT tenía un fuerte predicamento entre sus alumnas. Además, ese verano hubo un segundo campo de trabajo femenino en la empresa gallega Conservas de Pescado. Empezaba a prefigurarse la tipología industrial que absorbería el trabajo de las universitarias.

La incorporación de las estudiantes a los campos se hizo bajo la defensa activa de que las mujeres no podían permanecer ajenas a los problemas sociales. Al contrario: había que dejar atrás aquella idea de las «mujeres a sus cosas», pues

²¹ Archivo AASUT, doc. 5046-196810, *Carta TGA a sutistas, OCT 1968*.

... no eran «cosas» ajenas a la mujer la responsabilidad, la solidaridad, la fraternidad, la justicia social, la esperanza social. Es más. Era fundamental que la mujer española, universitaria, se planteara esos problemas tan lúcidamente como el varón y no escudase el bulto a la de respaldar y amparar la acción del hombre²².

Desde esta primera experiencia, los campos femeninos se organizaron de manera sistemática cada verano hasta 1969. Su número nunca fue tan numeroso como el de los campos masculinos, pero su demanda se mantuvo relativamente estable, lo que permitió organizar entre cuatro y seis cada año, a veces en empresas diferentes, a veces con dos turnos, uno en julio y otro en agosto, en alguna de las factorías. En cuanto al número de alumnas, la cifra osciló entre las treinta y las cincuenta anuales, con grupos por fábrica no superiores a las diez participantes²³.

Durante los doce años que duró la experiencia, la participación femenina se concentró en las industrias textil y, sobre todo, alimentaria. Los destinos más habituales fueron la conservera Hijos de Carlos Albo, con campos en sus fábricas de Santoña, Ribadesella y Vigo; la Cooperativa Frutera de Molina del Segura, Murcia; la envasadora de tomate SACOVE, localizada en el pueblo jienense de Mengíbar, y la coruñesa Pesqueras Españolas de Bacalao, PEBSA. También organizaron campos de manera ocasional en otras compañías, como Embutidos Revilla (1962) o la fábrica de loza Alfares, de Pontesampaio, Pontevedra (1964). En la segunda mitad de los años 60, las empresas de Lanzarote Conservas Garavilla y Conservas y Salazones Lloret y Linares se sumaron a la campaña, organizando campos destinados a las universitarias del distrito de La Laguna con el fin de que las dificultades y los costes de desplazamiento no impidiesen a las alumnas canarias sumarse a las actividades del SUT²⁴.

En líneas generales, las tareas que desempeñaban las estudiantes se correspondían a los trabajos de peonaje ordinario propios de estas industrias: limpieza de pescado o fruta, empaquetado, enlatado, atención de máquinas o cierre y lavado de latas. Para ello, cumplían siempre la misma jornada que sus compañeras obreras, a excepción de las horas extra, que en algunos campos se compartían y en otros estaban prohibidas para las estudiantes. A ellos sumaban otras actividades vinculadas a los objetivos que el SUT planteaba a

²² Archivo AASUT, Manuel Vázquez Montalbán, «La experiencia femenina», *Gaceta del SUT*, s/f: 4-5.

²³ CRIADO, 2021: 110.

²⁴ Archivo AASUT, doc. 5351-196000, *Campos Trabajo 1962*; doc. 5058-196300, *INFORME ACTIVIDADES 1963, CT, CE, IM FT*; doc. 5055-196400, *INFORME GRAL SUT 1964, CT, CE, I*; doc. 5007-196600, *FOLLETO 1966 JAEN, LUGO, LA GOMERA, CAMPOS, CT, CE*; doc. 5027-196600, *INFORME CAMPOS TRABAJO 1967, CT*; doc. 5035-196800, *RELACION CT VERANO 1968, CT, R*; y doc. 5028-196900, *CAMPOS TRABAJO VERANO 1969, CT, R*.

sus voluntarias. El primero de ellos, conocer de la manera más profusa y completa posible la realidad de la fábrica y de sus obreras. Con ese fin, por un lado, confeccionaban un estudio socioeconómico de la empresa y, por otro, realizaban encuestas a las trabajadoras sobre cuestiones relativas a su educación, intereses o visión del trabajo y de la empresa.

La jefa de campo planificaba el estudio socioeconómico y coordinaba su ejecución. Así, se encargaba de distribuir entre sus compañeras las diferentes partes de la investigación, que solían articularse en torno a los siguientes temas: obrera; relaciones obrera-empresa y viceversa; nivel cultural e higiénico de la fábrica; análisis de la reglamentación interna de trabajo; relaciones sindicales; adaptación al trabajo y satisfacción de las obreras con el mismo. Cada día, las acampadas mantenían una reunión en la que intercambiaban impresiones, iban compartiendo sus datos y confeccionaban un informe semanal escrito. Esto les permitía llevar el control de la investigación, de la que hacían un balance a mitad del campo para ver qué temas y apartados les quedaban pendientes. Además, cuando finalizaba su mes de trabajo cada participante debía entregar su impresión personal por escrito. La suma de la memoria general y los diarios individuales permitían dejar constancia de la realidad de la empresa y del desarrollo del campo, lo que resultaba útil para la jefa del siguiente turno, en caso de que lo hubiera, así como para los responsables del SUT, que podían hacer balance de las actividades del curso y de sus puntos fuertes y débiles. Con ello perseguían tanto mejorar el propio desempeño del servicio como profundizar su análisis de la realidad industrial española²⁵.

Las encuestas, por su parte, cumplían el fin de arrojar información concreta sobre el grupo particular de obreras con las que las estudiantes compartían tarea. Esto les servía de guía a la hora de preparar charlas y actividades que se ajustasen a sus intereses y conocimientos, algo que buscaban para asegurar su participación y también para intentar rellenar aquellas lagunas que detectaban en las trabajadoras y que consideraban más prioritarias. Las universitarias podían proponer actividades y charlas en las reuniones diarias y entre todas, con el visto bueno de la jefa de campo, escogían aquellas que consideraban más sugestivas y necesarias. Temas recurrentes eran aquellos que afectaban a las trabajadoras como tales. Es decir, cuestiones como la organización sindical, los convenios colectivos, los derechos laborales, las obligaciones patronales o aspectos relativos a la seguridad y a la higiene. Se buscaba que las charlas no fueran unidireccionales, sino que las obreras interviniesen haciendo preguntas y planteando opiniones o situaciones reales que afectasen a su devenir laboral o personal cotidiano. Esto favorecía que las universitarias se implicasen en la resolución de conflictos del día a día de las trabajadoras y también en sus

²⁵ Archivo AASUT, doc. 5052-196600, *ACTIVIDADES EN C TRABAJO, CT*.

reivindicaciones, lo que, en ocasiones, podía contribuir a generar tensiones con la empresa.

Las actividades culturales podían completarse con clases de alfabetización, la elaboración de revistas orales de contenido musical o literario, la puesta en marcha de bibliotecas, la preparación de representaciones teatrales o sesiones de teatro leído, o el desarrollo de talleres de manualidades, que solían dar lugar a exposiciones en las que se mostraban los trabajos realizados. Al contrario que en los campos masculinos, en cambio, no era habitual organizar competiciones deportivas y tampoco se planteaban con la misma facilidad salidas recreativas, como excursiones o visitas culturales. Plantearlas o no estaba muy ligado al perfil personal de las trabajadoras, pues si estaban casadas y eran madres de familia sus obligaciones como amas de casa no les daban margen para participar en ellas. Si había un número suficiente de obreras solteras y jóvenes podía plantearse alguna salida con ellas, por ejemplo, a la playa, si estaban cerca de la costa, o a la verbena, en su pueblo o en algún otro de las proximidades que estuviese celebrando sus fiestas patronales²⁶.

Sí tenían calado, por el contrario, las actividades informativas con las que las acampadas buscaban difundir su labor en los medios de la comarca, buscando otra manera de acceder a las trabajadoras. Esa difusión mediática, si era posible, se buscaba que estuviese elaborada sin intermediarios. Para evitar la tergiversación de los periodistas se recomendaba que se encargasen ellas mismas de la redacción de las informaciones sobre los campos de trabajo. Ese trabajo podía realizarse hacia fuera y desde medios tradicionales, concediendo entrevistas en periódicos del lugar o participando en programas radiofónicos siempre que fuese posible, o hacia dentro, en medios elaborados por ellas mismas, como murales humorísticos donde se comentaban incidencias de los campos, o boletines informativos que elaboraban siguiendo el estilo de las revistas universitarias o de las propias gacetas del SUT.

Con la misma finalidad divulgativa y de aproximación a las obreras, las estudiantes preparaban para sus compañeras de faena conferencias o cursos de temática variada. Además de las charlas dedicadas a cuestiones laborales que podían mejorar su situación, eran frecuentes las que se centraban en cuestiones de higiene o salud. Un asunto recurrente, por el interés que manifestaban las trabajadoras, sobre todo a medida que avanzaban los años sesenta, era el de los anticonceptivos, una cuestión poco tratada de manera abierta en la época y propicia para la polémica. Como apuntaba Graciela Miguel Ramos en su cuestionario

Recuerdo el tema de los anticonceptivos, que en aquel tiempo era un tema tabú, además de estar prohibidos en España, ni ser nosotras unas expertas. Pero estas mujeres nos valoraban demasiado por ser universitarias. Estuvimos informándonos

²⁶ Archivo AASUT, doc. 5052-196600, *ACTIVIDADES EN C TRABAJO, CT*.

y aprendiendo, y fue muy interesante, o así lo recuerdo. Desde luego les produjo inquietud, y se habló en público de algo secreto, y supimos contestar a lo que nos preguntaban²⁷.

Este amplio abanico de actividades sutistas se completaba con dos tareas al final del campo de trabajo cuya importancia se subrayaba de manera especial desde la organización del SUT: la clausura y el informe final. La clausura era una especie de fin de fiesta que se organizaba de diferentes modos, pensando siempre en la posibilidad de que pudiese atraer a más obreras. Lo habitual era organizar una comida, si eran pocas, o un baile, si contaban con un número mayor que garantizase suficientes participantes. Su función era dejar un buen recuerdo a las trabajadoras del paso de las estudiantes. En cuanto al informe final, debía sintetizar los datos recogidos en el estudio socioeconómico de la empresa, analizados de manera reflexiva, junto a todo aquello de lo acontecido a lo largo del mes que se considerase relevante: situación económica, cultural y social de las trabajadoras; su posible inadaptación al trabajo; sus condiciones de seguridad e higiene, o todos los problemas y dificultades surgidos durante el desarrollo del campo²⁸.

La exhaustividad de estos informes finales, reforzada por las memorias personales de cada participante, permitía realizar un retrato pormenorizado de las empresas de acogida. Un retrato que, a medida que pasaban los años, resultaba más crítico con ellas. Por ejemplo, en 1967, el panorama que se dibujaba de la cooperativa hortofrutícola de Molina de Segura insistía en la dejadez del trato de la dirección hacia sus doscientos cincuenta operarias eventuales. El documento también criticaba que, a pesar de ser una Cooperativa del Campo inscrita en la Unión Territorial de Cooperativas, UTECO y, por tanto, aprovechar los beneficios fiscales derivados de esta calificación, la empresa no cumpliera la función social inherente a las cooperativas y «se entregase sin más al capitalismo». También se señalaba la falta de conciencia social de las trabajadoras, consecuencia de las condiciones alienantes de vida en la que se encontraban, y se denunciaban «los despidos arbitrarios a que están sometidas en cualquier momento», la presencia de niñas y ancianas entre las obreras y el «control poco justo de su horario de trabajo»²⁹.

La crítica profunda hacia la actitud de la empresa murciana apuntada en este informe de 1967 coincidió con el choque que se produjo entre los representantes de la factoría y las jóvenes que participaron en este campo de trabajo durante el turno de agosto. Un choque que terminó con su expulsión, justificada desde la cooperativa

²⁷ Archivo AASUT, *Cuestionario de Graciela María Petra Ramos Miguel*.

²⁸ Archivo AASUT, T, doc. 5052-196600, *ACTIVIDADES EN C TRABAJO, CT*.

²⁹ Archivo AASUT, T, doc. 5052-196600, *ACTIVIDADES EN C TRABAJO, CT*.

A petición de la Dirección Nacional del SUT, que un grupo de universitarias que han trabajado en el segundo turno en esta Factoría, representadas por la srta. Francisca García Mira, que las causas que han ocasionado el despido antes del tiempo previsto: la falta de trabajo por terminación de las Campañas y por la negligencia y falta de competencia observada en ellas en el trabajo asignado, haciendo la salvedad de algunas.

Pero esta justificación no fue aceptada por la jefa de campo, que negó las acusaciones. Si bien asumía que «algunas universitarias no trabajaron lo que podían debido a la poca experiencia, y en algunas ocasiones a la falta de responsabilidad», opinaba que detrás del despido estaban las reclamaciones que durante esas semanas habían formulado las estudiantes y en las que habían hecho ver a la empresa «la injusticia reinante y las condiciones infrahumanas a que estaban sometidas las obreras»³⁰.

De irracional se calificaba también la distribución y planificación del trabajo de la conservera Hijos de Carlos Albo en su planta de Ribadesella, donde trabajaban cuarenta y cinco obreras en jornadas partidas de ocho horas. Esa ausencia de racionalidad se achacaba a la falta de inversión de capital y a la escasa mecanización. Frente a ella, se apelaba a un mejor reparto de la carga de trabajo para reducir de manera considerable la plantilla, lo que permitiría invertir para ampliar la factoría y, así, aumentar de nuevo el número de trabajadoras. Sin embargo, pese a ese tono crítico y a la asunción del que el problema social resultaba insoluble por la falta de interés de quienes dirigían la empresa, los responsables del SUT recibieron una carta de agradecimiento firmada por Carlos Gómez Albo, en la que se hacía constar «la buena conducta y el verdadero espíritu de camaradería para con sus compañeras de trabajo»³¹.

La jornada en las empresas conserveras se hacía especialmente dura para las jóvenes que participaban en estos campos, en los que desarrollaban tareas variadas. Solían comenzar con la descarga de camiones de atunes, pescados de difícil manejo no solo por su peso, sino también porque al tratarse de piezas congeladas resbalaban con facilidad, por lo que a menudo terminaban rodando por el suelo. Las universitarias acarreaban los peces para trocearlos en las máquinas cortadoras, una tarea con la que con frecuencia terminaban empapadas de pies a cabeza por la sangre de los túnidos. De manera habitual, realizaban estas labores sin guantes protectores, lo que les hacía perder la sensibilidad en las manos. Troceados los atunes, las alumnas transportaban sus pedazos en cestas metálicas hasta la zona de cocción. De allí, en contraste con el frío anterior, emanaban vapores abrasadores. Con el paso de los días, las universitarias aprendían a optimizar la cantidad de atún cocido en las latas. Si un trozo caía

³⁰ Archivo AASUT, doc. 5027-196600, *INFORME CAMPOS TRABAJO 1967, CT*.

³¹ Archivo AASUT, doc. 5027-196600, *INFORME CAMPOS TRABAJO 1967, CT*.

al suelo, se recogía y se devolvía al mostrador de trabajo y, de ahí, a la lata correspondiente. Una vez enlatado, lo colocaban en la cinta siguiendo una secuencia de intervalos en la que los recipientes se llenaban con agua o aceite y se sellaban de manera automática³².

También como extenuante definen en sus recuerdos la experiencia de trabajo en la fábrica de salazón y conservación de bacalao PEBSA, en A Coruña. Las universitarias pasaban por las distintas secciones de la cadena de trabajo. Todas ellas implicaban permanecer horas de pie moviendo y cortando grandes piezas de bacalao ya seco y salado, lo que les provocaba fatiga y mareos. La mesa de recortar y separar las partes estropeadas de las buenas de un bacalao ya salado y seco implicaba un esfuerzo menor, por lo que resultaba menos dura. A cambio, exigía un nivel elevado de concentración para no equivocarse y descartar los pedazos correctos. Por el contrario, la peor de todas las posiciones de la cadena era estar en la nave refrigerada, sobre las bateas, pisando los montones de bacalao fresco regados de sal que las estudiantes extendían y golpeaban para que la carne se apelmazara y se prensara³³.

Pero con todo, el recuerdo más terrible de quienes pasaron por este tipo de campo alimentario, tanto por las conserveras como por la fábrica de bacalao, era el olor que impregnaba sus cuerpos, su ropa y sus cabellos y del que sentían que no se podían desprender. «Por mucho que nos laváramos y nos restregáramos olíamos a la fábrica del bacalao, a todas horas, aun dormidas». En la fábrica de Albo en Santoña, las estudiantes se duchaban al terminar su jornada laboral, cuando las obreras se marchaban a sus casas, puesto que se alojaban en un piso donde no había cuarto de baño. Lo hacían en las letrinas que utilizaban durante el día. En el techo había un grifo, justo encima del sumidero del suelo, sobre el que colocaban un entablado de madera para pisar con los pies descalzos. «Solo se disponía de agua fría. Cada una de nosotras llevaba su jabón, su champú y su toalla. Recuerdo la acomplexante sensación de que, ni tras la ducha, desaparecía el hedor de pescado concentrado que exhalaba»³⁴.

El alojamiento era, en ocasiones, desalentador. Así lo recuerda, por ejemplo, Nuria Anadón que, cuando participó en el campo de Albo en Santoña, se llevó la sorpresa de ver como ella y sus siete compañeras se tenían que hospedar en un piso de la Sección Femenina que no tenía camas, ni sillas, ni mesas. El único mueble que conservaba era un aparador. Por esa razón, las dos primeras noches tuvieron que dormir en el suelo tapadas con la toalla que llevaban y sus propias chaquetas. La jefa de campo consiguió que les llevaran cuatro literas de barco metálicas, un tanto herrumbrosas, y una manta, que tuvieron que compartir

³² Archivo AASUT, *Cuestionario de Pilar Ruiz Va.*

³³ Archivo AASUT, *Cuestionario de Graciela M.ª Petra Miguel Ramos.*

³⁴ Archivo AASUT, *Cuestionario de Pilar Ruiz Va y Cuestionario de Graciela M.ª Petra Miguel Ramos.*

entre ocho personas. Pilar Ruiz Va, por su parte, recuerda que las ocho o diez personas que formaban su grupo de trabajo vivían en un piso gestionado por los jefes del SUT, que pagaban con el sueldo que todas recibían de la fábrica. Su memoria lo presenta como la escena de mayor desorden que ha experimentado en su vida, pues llegaban de la factoría tan extenuadas que eran incapaces de poner orden. «No había manera ni de encontrar ni un peine»³⁵.

De aquel verano en Santoña, Nuria Anadón recuerda que ella y sus compañeras recibían un pago diario de ciento cinco pesetas por ocho horas de trabajo. Ese jornal lo cobraba semanalmente la jefa de campo, que era la encargada de administrarlo. De ahí tomaba la cantidad necesaria para la manutención. Comían y cenaban en un bar que estaba enfrente del piso donde dormían, por cien pesetas cada día, por lo que apenas les sobraban cinco pesetas por jornada. Para desayunar, leche con pan o galletas que tomaban en el piso y en frío, pues no había cocina que funcionase para poder calentarlo.

La dureza del trabajo en la fábrica, la parquedad del alojamiento o la austeridad de la alimentación contribuyeron a cimentar la percepción de que la vida podía presentarse con muchas dificultades, lo que generaba cierta sensación de angustia en algunas de las participantes. Con todo, se sentían afortunadas, pues esa experiencia tan chocante y sacrificada no duraba para ellas apenas un mes, mientras que para las obreras de la fábrica «era esta su vida, año más año», en un trabajo que les resultaba imprescindible para comer y dormir.

Compartir tantas horas de trabajo un día tras otro cimentó relaciones más o menos cercanas entre obreras y estudiantes, basadas, en buena medida, en las conversaciones que mantenían durante la jornada laboral. A diferencia de lo que sucedía en los campos masculinos, la posibilidad de entablar una relación personal a través de momentos de sociabilidad compartida en las tabernas no era demasiado habitual, sobre todo con las mujeres casadas y madres de familia, que, en cuanto terminaba la jornada, volvían a sus hogares a cumplir con sus obligaciones de cuidar su casa, a su marido y a sus hijos. En ocasiones, alguna estudiante podía llegar a entrar en esos hogares, conocer a los niños y reforzar su relación con las madres a través de la buena percepción de sus hijos. Sin embargo, lo más habitual era que esa diferencia de roles de género, además de condicionar una rutina diaria muy alejada entre hombres y mujeres, también tuviese consecuencias en sus aproximaciones personales.

A veces, esa relación, desarrollada de manera fundamental en el lugar de trabajo, revertía en el modo de afrontar las necesidades o dificultades del día a día, dando impulso a sus reivindicaciones. Unas reivindicaciones que, a menudo, se limitaban a pequeños avances en herramientas de trabajo. Como recordaba Pilar Ruiz Va, «las estudiantes intentamos crear un estado de opinión entre las obreras

³⁵ Archivo AASUT, *Cuestionario de Nuria Anadón*.

para hacer una petición de guantes de trabajo y de calzado seguro a la dirección de la fábrica». Sin embargo, las obreras, a pesar de entender que esta era una petición beneficiosa para ellas, tenían miedo de asumir como propia cualquier reivindicación. Debido a la precariedad de sus empleos y su dependencia de unos maridos que, en el caso de conserveras o empresas de salazón de pescados, eran, muy probablemente, marineros, estaban resignadas a sus condiciones laborales, conscientes de ser las únicas garantes de un sostén continuado para sus hijos. Por ello, a menudo eran las estudiantes las que se encargaban de plantear incluso las cuestiones más pequeñas, como la adaptación del uniforme o la petición de una mejora en las condiciones generales de seguridad e higiene. Ello motivaba, en ocasiones, que los directivos de las empresas terminasen por percibir las obreras como revoltosas infiltradas antifranquistas.

En cuanto a la impresión que las obreras dejaban en sus compañeras estudiantes, a veces se percibían diferencias significativas entre la que provocaban aquellas un poco mayores, a menudo casadas, y las más jovencitas. Las mujeres mayores solían inspirar mucho respeto a las universitarias debido a las responsabilidades que cargaban sobre sus espaldas. A lo largo de las jornadas de trabajo, las obreras veteranas iban tejiendo y destejiendo sus historias cotidianas que compartían con las estudiantes. Para algunas, estas «mujeres deslenguadas, fuertes y rebeldes, y sobre todo divertidas que se reían de su sombra» suponían toda una sorpresa refrescante que, en cierto modo, las intimidaba, al hacerlas conscientes de su propia ingenuidad y de su mundo todavía de corto recorrido. A veces, las estudiantes ni siquiera percibían sus necesidades laborales. Por ejemplo, Graciela de Miguel contaba cómo las obreras organizaron una protesta para que las mujeres embarazadas no estuvieran en el congelador y subidas en las bateas de la conservera y confesaba que no recordaba si lo habían logrado. Tampoco era consciente de tener inquietudes laborales en aquel momento. «Teníamos la idea de que en la fábrica se cumplían las leyes del salario, y en la dureza no había remedio, por lo que la vida nos parecía todavía más dura»³⁶.

Con las chicas más jóvenes podían compartir salidas por el barrio, excursiones por la playa o visitas a verbenas o discotecas. Sin embargo, a veces causaban peor impresión en algunas estudiantes, que al escuchar sus conversaciones sentían que su única preocupación era conseguir un novio y tener un buen matrimonio que les diese seguridad y estabilidad. «Alguna al salir de la fábrica me llevó a un escaparate de una joyería para que viera la sortija que se quería comprar, con una piedra grande azul —aguamarina— o algo así. Yo pensaba que nunca trabajaría tantas horas en un trabajo tan poco agradable para comprarme una sortija»³⁷. Después de una larga jornada laboral, se sentían ilusionadas por ir a una discoteca. Se

³⁶ Archivo AASUT, *Cuestionario de Graciela María Petra Miguel Ramos*.

³⁷ Archivo AASUT, *Cuestionario de Nuria Anadón*.

arreglaban, se rociaban las manos con cantidades industriales de vinagre para no tener olor y se iban a bailar, mientras las universitarias se quedaban bañándose en la playa.

Para las universitarias más ingenuas y con menor recorrido vital fuera de su hogar y de su perímetro de seguridad, también resultaba sorprendente, incluso turbador, el escuchar a las obreras sus confidencias sobre experiencias sexuales, a veces agradables, a veces dolorosas, incluso agresiones o ataques contra el ejercicio de su libertad. Al mismo tiempo, se indignaban al descubrir cómo los hombres eran más libres dentro de la fábrica o ganaban el doble respecto a las mujeres, incluso aunque hiciesen un trabajo más ligero. Y se sentían orgullosas cuando preparaban alguna actividad cultural para sus compañeras con la que creían ampliar sus horizontes. Como cuando las acampadas, con la ayuda del Teatro Español Universitario, organizaron una representación de *Yerma*, de Federico García Lorca, para las trabajadoras de Albo.

Éramos mujeres de aquel tiempo, y por otros motivos que ni sabríamos explicar, pero yo recuerdo de estar muy orgullosa de que las mujeres de la fábrica conocieran esta tragedia. Fue algo muy importante, salió muy bien, se habló mucho, fue toda la fábrica.

La proximidad compartida con las obreras en los campos de trabajo supuso, para estas estudiantes, abrir un mundo de horizontes insospechados, a veces ilusionante, a veces lleno de congoja e incomprensión. Quizás esa sensación de distancias no del todo superadas extendió entre las universitarias la impresión de que su labor tenía un fruto limitado. Los campos de trabajo mantuvieron una participación femenina estable, aunque pronto se vieron desbancados, como foco de atención principal, por el interés de las universitarias en las campañas de alfabetización que, desde 1962, se convirtieron en el otro puntal de la actividad veraniega del SUT.

LAS MUJERES, PROTAGONISTAS DE LAS CAMPAÑAS DE EDUCACIÓN

Pese a que los campos de trabajo se convirtieron en el principal eje del SUT desde su creación y siguieron teniendo un peso simbólico a lo largo de toda su existencia, con el paso de los años se extendió entre la dirección la impresión de que no resultaban suficientes, en buena medida por esa percepción de que había demasiada distancia entre ambos mundos y de que la dura jornada dificultaba la aproximación entre ellos. Si bien permitían a los universitarios conocer mejor la realidad obrera y preocuparse por ella, garantizando su función de despertador social para los estudiantes, no tenían tanto éxito a la hora de provocar la conexión entre los habitantes de ambos mundos y, sobre todo, a la de

garantizar la otra gran finalidad del servicio: fomentar la formación cultural de los obreros.

Esa percepción terminó siendo el germen que dio nacimiento, en 1962, a las campañas de educación fundamental, cuyo diseño trasladaba en formato intensivo las actuaciones desarrolladas durante el curso en la ayuda dominical. Se consideró que este era el mejor camino para mantener la formación social del estudiante, como sucedía en los campos de trabajo, pero poniendo el acento en aquello que los universitarios podían aportar a los obreros. Desde la dirección del SUT se definió su objetivo como el cumplimiento de una misión primordial: «Aportar su patrimonio cultural para la más completa formación educativa y humana de nuestro pueblo». No era más que buscar otro formato para conseguir de la manera más amplia el fin general del servicio, de manera que campos y campañas fuesen dos aproximaciones complementarias.

El SUT, a través de sus actividades, presenta al universitario la posibilidad de convivir con los trabajadores en igualdad de condiciones en que se encuentran ellos y de aportarles de su patrimonio cultural. En unos casos, prevalece el esfuerzo físico, como en los Campos de Trabajo; en otros, será intelectual como en las Campañas de Educación Fundamental³⁸.

La lucha contra el analfabetismo estuvo muy presente en el espíritu impulsor de estas campañas. El problema se extendía, sobre todo, en aquellos rincones del territorio más aislados, donde las vías de comunicación eran más exiguas, lo que dificultaba el avance del conocimiento, la llegada material del progreso y el acceso de la educación. Para el SUT, este aislamiento era un acicate para intensificar esfuerzos, buscando su integración dentro de la comunidad nacional. La importancia de acercar el conocimiento al mundo de obreros y campesinos se defendía como un bien general: para aumentar el ritmo de crecimiento económico era imprescindible ampliar la capacidad de formación técnica y cultural de toda la nación. No había plan de desarrollo efectivo que no llegase acompañado de un plan de enseñanza que favoreciese la especialización y, con ella, el mejor funcionamiento de las fábricas.

Partiendo de esas consideraciones, el Servicio Universitario encaraba las campañas de educación fundamental con cuatro objetivos estrechamente vinculados entre sí y sostenidos por un entramado argumental repetido de manera continua en sus escritos y programas de formación. El primero de ellos era alfabetizar y formar culturalmente a los trabajadores marineros y campesinos, para ayudarlos a adquirir la base precisa para ingresar en una escuela de formación profesional. Aquellos territorios con una concentración de mano de obra campesina superior a la que podían absorber se encontraban con que una

³⁸ Archivo AASUT, doc. 2193-196300, *ACTIVIDADES SUT VERANO 1963 E CALONGE, F.*

inmensa mayoría de sus hombres pasaba la mitad del año en paro. La salida era la migración interna, hacia zonas mineras e industriales, pero ¿cómo facilitar ese flujo de población y que el tránsito desde el campo a la ciudad industrial resultase más sencillo para sus protagonistas? Pues actuando en el lugar de origen a través de la formación, de manera que aquellos trabajadores, provistos ya de esos recursos culturales, pudiesen adaptarse a su nuevo sector laboral y al ambiente cultural y social de la nueva ciudad que los acogía.

Para asentar este primer objetivo resultaba vital el segundo: crear conciencia de la importancia de la enseñanza como mecanismo para elevar el nivel de vida de los ciudadanos y para cimentar la transformación sociológica e industrial del país. Adquirir conciencia de las consecuencias positivas de la educación contribuía a reforzar el tercer objetivo, intrínseco a toda la actividad del SUT: la formación social de los universitarios. La necesidad de educación era un valor nacional y el hecho de que un estudiante contribuyese a mejorar la formación de un obrero implicaba responsabilizarse de él, contribuir a cambiar su situación compartiendo una de las mayores riquezas y privilegios de los que gozaba.

Combatir el analfabetismo llevaba implícitas todas estas cuestiones, pero, para poder hacerlo, lo primero era establecer qué se consideraba analfabetismo. Su definición resultaba difusa y eso hacía bailar las cifras en las diferentes estimaciones, dependientes del criterio establecido. La imprecisión venía de fijar como elemento distintivo una cuestión de por sí ambigua: «Saber leer y escribir». La consideración del SUT para fijar los estándares de alfabetización era más ambiciosa y, apoyándose en los patrones de la UNESCO, que pasaban del analfabeto instruccional al analfabeto educacional, asumían su definición de educación fundamental:

... la instrucción mínima y general que tiene por objeto ayudar a los niños y a los adultos privados de las ventajas de un sistema oficial de educación comprender los problemas que se plantean en su medio ambiente inmediato, así como los derechos y deberes de su calidad de ciudadanos e individuos, y a participar de un modo más eficaz en el progreso social y económico de su comunidad³⁹.

Ante una obligación de tal calibre, los universitarios necesitaban contar con herramientas educativas para afrontarla. Por ello, antes de participar en una campaña educativa, todo estudiante debía pasar por un curso de capacitación para mejorar sus recursos pedagógicos. Este curso se realizaba, en los cuatro días previos al comienzo de la campaña, en los lugares de origen de los estudiantes y dividía la capacitación en dos perspectivas diferentes: la metodología dedicada a analfabetos absolutos y la destinada a analfabetos relativos. El

³⁹ Archivo AASUT, doc. 2193-196300, *ACTIVIDADES SUT VERANO 1963 E CALONGE, F.*

programa para ambos constaba de tres tipos de enseñanza: enseñanzas básicas (lectura, escritura y cálculo); enseñanzas culturales (geografía, historia actual, literatura, religión, cine, higiene y unas elementales nociones explicativas sobre los aparatos: luz eléctrica, radio, teléfono...) y enseñanzas sociales (con una fase informativa y otra de gestión).

Los programas de formación estaban basados en la duración de las campañas, unos cuarenta días. Se buscaba la motivación en las clases de lectura, mostrando las consecuencias prácticas positivas del aprendizaje en textos de la vida cotidiana, como impresos, periódicos, letreros de la ciudad... O cartas, algo que interesaba mucho a los jóvenes de las zonas más empobrecidas, que veían el horizonte de la emigración a Alemania como una salida muy probable y a quienes la posibilidad de poder escribir y leer cartas se les aparecía como un asidero tranquilizador⁴⁰. Al igual que en los campos, se planteaban actividades culturales con el apoyo logístico del aparato falangista de la provincia correspondiente. Fundamental era la participación de grupos del Teatro Nacional Universitario, cuya misión era recorrer los diferentes núcleos de las comarcas donde se programaba la campaña, representando obras populares.

Las campañas gozaron de un gran predicamento entre los estudiantes del SUT y, en sus años finales, desbancaron a los campos de trabajo como primera actividad. Entre 1962 y 1968, si la media de asistentes anuales a los campos fue de doscientos sesenta y siete participantes, la de las campañas alcanzó los cuatrocientos. Las cifras de la primera campaña fueron muy significativas, con un 66 % del total de sutistas que se anotaron a las actividades de aquel verano. Ese éxito fue especialmente notorio entre las universitarias, que en 1962 coparon el 40 % de la participación estudiantil en las campañas. Es decir, casi la mitad de las voluntarias fueron mujeres. Aquella fue la edición con mejores resultados, pero la media siempre estaría por encima del 30 %.

Este éxito, atendiendo al contenido de las memorias anuales, se explicaba por la predilección de las alumnas por las tareas educativas frente a las industriales, pero también por la posibilidad de convalidar con su participación el Servicio Social, tutelado por la Sección Femenina. Se trataba de una actividad obligatoria para cualquier joven entre diecisiete y treinta y cinco años para poder optar a un puesto de trabajo remunerado, especialmente dentro de la función pública. La posibilidad de participar en una campaña parecía una alternativa más atractiva para una universitaria que seis meses de trabajo en el Auxilio Social, lo que reforzó la brecha de control que el SUT supuso para la Sección Femenina⁴¹.

Según se refleja en los cuestionarios de las exsutistas, para muchas de ellas la experiencia de inmersión todavía fue más impactante. El mismo

⁴⁰ Archivo AASUT, *Cuestionario de Graciela M.ª Petra Miguel Ramos*.

⁴¹ REBOLLO, 2003.

diseño lo favorecía, pues la proximidad en el día a día con los campesinos era mayor, al tiempo que estaban más alejadas de otros compañeros. A menudo, estaban destinadas, solas o por parejas, a su zona de actuación, una aldea, parroquia, lugar o cortijo dentro de la división por comarcas de la provincia que recibía a los estudiantes ese año. El alojamiento solía ser en la casa de alguna de las familias y compartir con ellos techo y comida les daba la oportunidad de observar su realidad sin filtros. Esa cotidianeidad reflejaba la dureza del trabajo del campo, la falta de medios, las difíciles condiciones sanitarias, la desigualdad o la explotación a la que estaban sometidos. A veces, ellas mismas sufrieron en primera persona la precariedad sanitaria, como cuando Teresa García Alba tuvo un flemón por una caries en una muela durante su estancia en Cañete, el verano de la campaña de Cuenca. El único profesional médico disponible para atenderla fue el veterinario del pueblo, que la sedó con un trago de güisqui. Frente a la propaganda de la dictadura, que intentaba usar las campañas como una medalla del compromiso del régimen con los ciudadanos del campo, las estudiantes descubrieron una realidad injusta y desesperanzadora⁴².

Con frecuencia, su respuesta ante ello fue la de actuar para cambiar la situación. El impacto emocional era tal, sobre todo en lo que afectaba a los menores, que pensaban en todo tipo de alternativas, incluso las opciones más descabelladas. Fue el caso de Graciela Miguel al descubrir a un grupo de hermanos, hijos de un viudo, que vivían solos, casi sin contacto humano, en medio de la sierra.

El abandono cultural y social sí me preocupó mucho, y me parecía difícil de remediar, y entonces ¿qué pasaría con estos niños? Me alarmó demasiado y se me iba la cabeza pensando planes disparatados que lo pudiera remediar⁴³.

Esos intentos de contribuir a una realidad más justa partían casi siempre de una posición de compromiso cristiano y humano más que político, pero las barreras que sus acciones bienintencionadas encontraban en las autoridades locales y sus reacciones críticas acabaron, en muchos casos, por desencadenar una maduración política. El testimonio de Graciela Miguel, que participó en la campaña educativa de Huelva de 1963, es muy rico en este tema. Fue destinada a un cortijo para dar clase a menores y adultos que allí trabajaban, pero en sus horas libres recorría la sierra y también el pueblo al que pertenecía la finca. Junto a una amiga, destinada en otra finca cercana, descubrió por casualidad que las mujeres de la chacinería del lugar cobraban treinta y siete pesetas, la mitad que sus compañeros varones, y que sus condiciones eran mucho peores. Convencidas de que «esto del dinero y el sueldo se podía cambiar, no era algo

⁴² Archivo AASUT, *Cuestionario de Teresa García Alba*.

⁴³ Archivo AASUT, *Cuestionario de Graciela M.^a Petra Miguel Ramos*.

fijo como el paisaje», buscaron la complicidad del párroco, un hombre joven con el que habían organizado la comunión de los niños del cortijo. El sacerdote les prestó la iglesia para reunirse con ellas sin llamar la atención y las animó a denunciar su injusticia.

Tras avisar a sus superiores de la comarca y con ayuda de un abogado que enviaron estos al pueblo, redactaron requerimientos personalizados para cada una de las obreras, solicitando la mejora de sus condiciones. Y uno a uno los fueron enviando. Hasta que recibieron un telegrama de sus jefes

«SUSPENDER URGENTEMENTE ACTIVIDADES SOCIALES». Otra vez la camioneta a Huelva a ver a nuestros jefes, y menudo dialogo. Nos dicen que nos han denunciado por comunistas, tenemos que abandonar todo porque si no, nos iban a detener. Nos quedamos sorprendidas. ¿Cómo íbamos a ser comunistas si habíamos hecho una primera comunión, y nosotras mismas éramos de comunión diaria?⁴⁴

Si la experiencia de Graciela Miguel y su compañera con el párroco del lugar fue muy positiva, todo lo contrario, le sucedió a Cristina Pérez-Yarza, voluntaria en la campaña de León de 1968, quien se indignó con la dureza del sacerdote con los habitantes del pueblo, a quienes llegó a negar la comunión. De esa experiencia extrajo una lección y cambió su manera de ver la política y las instituciones del régimen.

... la Iglesia oficial distaba mucho de ser amable y comprensiva y se alineaba claramente con el poder establecido al que nada importaban las condiciones miserables de vida de la España rural. (...). Siempre digo a mis hijos que la experiencia de Tórnos cambió mi forma de ver España. (...). Empecé a colaborar —nunca he sido militante de ningún partido— con el PCE a partir del verano en el que fui a León⁴⁵.

Las experiencias vividas durante las campañas, así como el contacto con otros compañeros con lecturas políticas e ideas renovadoras y sorprendentes para muchas de ellas supuso todo un terremoto en sus vidas, que tendría consecuencias más allá de aquellos años. De nuevo, Graciela Miguel resume con sus palabras el sentir que otras muchas compañeras recogen en sus cuestionarios.

Mis experiencias en las Campañas y sobre todo con los compañeros que fui conociendo, cambió mi percepción social, política, mi forma de pensar y sobre todo mis creencias y forma de relacionarme, y a mi edad en aquel tiempo, veinticuatro años, cambiamos de pandilla.

⁴⁴ Archivo AASUT, *Cuestionario de Graciela M.ª Petra Miguel Ramos*.

⁴⁵ Archivo AASUT, *Cuestionario de Cristina Pérez-Yarza*.

Ese cambio también afectó a su mundo personal y familiar, al hacerlas cuestionarse lo que habían aprendido y respirado sin cuestionarse hasta aquel momento.

Yo era franquista como mi padre, sin cuestionarme nada, que esa era la primera lección. La Universidad y mis experiencias en el SUT, me hicieron tener otra visión de la vida. [...]. Entre las vivencias de las Campañas del SUT y la Universidad se empezó a tambalear el pensamiento único en el que nos habían criado y habíamos crecido, como en invernadero, mejor como cárcel. Y hablo en plural porque no era un sentimiento en soledad, menos mal, estos cambios los vivíamos en la Universidad, con los amigos, y con el aire que respirábamos. ¿Y si los que creíamos los malos eran los buenos...? Algo estaba muy claro, ser buenas era hacer cosas buenas, y esto era tan inamovible como la responsabilidad de cuidar a los hermanillos chicos. (...).

Aunque fuéramos pocos en número en el SUT, estas nuevas corrientes actuaron como levadura, dando paso a una transformación personal, un cambio social y sobre todo vivencial, que nos hizo actuar y relacionarnos de una manera tan diferente. Esta transformación rebosaba de entusiasmo, de alegría, de esperanza, y luego de rebeldía, y ni siquiera las detenciones la empañaban, ni debilitaban, porque pronto la cárcel la empezamos a ver de otra manera, y le perdimos el miedo⁴⁶.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

La experiencia del SUT supuso para muchas universitarias «un espacio de libertad, raro en aquel tiempo»⁴⁷. Ese halo de novedad, reforzado por la posibilidad de obtener el certificado del Servicio Social, consolidó al Servicio Universitario del Trabajo como una alternativa atrayente para las estudiantes. Una vía que les permitió escapar, al menos durante los veranos, de la rutina doctrinaria y del cerco estrecho habitual.

Esta participación descolocó el pensamiento ordenado sobre la vida, sobre la realidad social, sobre la política y sobre la dictadura en el que la mayor parte de las voluntarias se habían criado, ajenas a las realidades más oscuras de la guerra y del franquismo. El despertar vino precedido, con frecuencia, de una actitud ingenua y confiada, que creía poder cambiar el mundo y que asumía

⁴⁶ Archivo AASUT, *Cuestionario de Graciela M.^a Petra Miguel Ramos*.

⁴⁷ Archivo AASUT, *Cuestionario de María Catedra*. Sobre la movilización política de las mujeres en general, y de manera especial en la universidad, durante el tardofranquismo y la Transición, véase, MORENO SECO, 23/1 (Madrid, 2020): 55-85 y MORENO SECO y CASES SOLA, 54 (Bilbao, 2017): 11-14. Sobre las particularidades del compromiso político femenino y su conciliación con los roles familiares y tradicionales, ORTUÑO y MORENO SECO, 196/796 (Madrid, abril-junio 2020).

que las instituciones estarían a su favor. La relación con algunas, como la Iglesia, estuvo muy vinculada a las personas concretas con las que toparon, dejando una percepción contradictoria según las actitudes de los sacerdotes con los que colaboraron o contra los que tuvieron que pelear.

Las actividades del SUT, de manera especial los campos de trabajo y las campañas de educación, acercaron a las estudiantes a una realidad obrera y campesina muy alejada del mundo tranquilo que conocían. Esto sacudió sus conciencias y, además de impulsar en ellas la responsabilidad de trabajar por un mundo mejor, supuso el aldabonazo de una identidad política desconocida para la mayoría hasta ese momento. Esto las distanció sentimental y racionalmente de la dictadura en diversos grados. A algunas, llevándolas a un rechazo que se convirtió en simpatía por las alternativas democráticas. A otras, conduciéndolas a la militancia y al activismo político antifranquista, al percibir que luchar contra el franquismo era la única alternativa para acercar ese mundo mejor con el que soñaban.

Además del impacto personal de conocer una realidad vedada para ellas hasta el momento, también tuvo gran relevancia en su despertar personal el contacto en pie de igualdad con jóvenes de otro sexo y de procedencias geográficas y realidades personales diversas. La amistad con compañeros de lecturas políticas muy consolidadas contribuyó también a ampliar sus horizontes personales, educativos y políticos. Este choque vital se tradujo, en ocasiones, en un choque personal y familiar al volver a casa, al adquirir una nueva visión de la guerra, de lo que podía hacer o no una mujer, de sus anhelos vitales y de todo el abanico adquirido en este primer paso de su sociabilización política.

No todo fue gratificante en la experiencia sutista femenina. A pesar de convertirse en un espacio de liberación frente al control de la Sección Femenina, esta mentalidad más abierta e igualitaria no era común a todos los participantes, por lo que la igualdad entre hombres y mujeres, entre clases sociales y entre opciones políticas no siempre fue la postura defendida por sus integrantes. Así, algunas voluntarias tuvieron que lidiar con actitudes machistas, el acoso de algunos compañeros, la negativa y los obstáculos a su desempeño en cargos de responsabilidad o las posiciones más conservadoras o reaccionarias de los participantes más vinculados al aparato falangista y las posturas más acartonadas de la dictadura.

Por todo ello y en un abanico variado de percepciones vitales, la experiencia en el Servicio Universitario del Trabajo supuso para las estudiantes universitarias la oportunidad de acceder a un espacio privilegiado de aprendizaje y activismo que les ofreció la posibilidad de abrirse a un mundo muy diferente al que parecían destinadas en el universo monocolor del régimen franquista.

BIBLIOGRAFÍA

- Barrera, Begoña, «Mujeres falangistas en la universidad franquista. La Sección Femenina del Sindicato Español Universitario (1939-1965)», *Hispania Nova*, [en línea] 20 (2022): 436-465, disponible en <https://e-revistas.uc3m.es/index.php/HISPNOV/article/view/6466/5203>.
- Cenarro, Ángela, *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2016.
- Criado, Emilio, «Los campos de trabajo del SUT», en Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma Landrín, Emilio Criado, Álvaro González de Aguilar y Antonio Ruiz Va, *Una juventud en tiempos de dictadura. El Servicio Universitario del Trabajo (SUT). 1950-1969*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2021: 85-125.
- Hernández Sandoica, Elena, Ruiz Carnicer, Miguel Ángel y Baldó, Marc, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.
- Lamet, Pedro Miguel, *Azul y Rojo. José María de Llanos*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.
- Moreno Seco, Mónica, «Universitarias en el antifranquismo. Mujeres, movilización estudiantil y feminismo, 1960-1975», *CIAN. Revista de historia de las universidades*, 23/1 (Madrid, 2020): 55-85.
- Moreno Seco, Mónica y Cases Sola, Adriana, «Jóvenes comprometidas en el antifranquismo y la democracia», *Historia Contemporánea*, 54 (Bilbao, 2017): 11-14.
- Muñoz Soro, Javier, «The University Work Service (SUT): Falangism and Catholicism in a Post-Fascist Dictatorship», en Ferran Gallego y Francisco Morente (eds.), *The Last Survivor. Cultural and Social Projects Underlying Spanish Fascism, 1931-1975*, Brighton, Sussex Academic Press, 2017: 156-180.
- Nash, Mary, «Vencidas, represaliadas y resistentes: las mujeres bajo el orden patriarcal franquista», en Julián Casanova (ed.), *Cuarenta años con Franco*, Barcelona, Crítica, 2015: 191-228.
- Ortuño, Bárbara y Moreno Seco, Mónica, «Militantes entre el ser y el deber ser. Compromiso, género y familias en la juventud revolucionaria de los años setenta en España y Argentina», *ARBOR. Ciencia, Pensamiento y Cultura* [en línea], 196/796 (abril-junio 2020), disponible en: <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/2367>.
- Rebollo Mesas, Pilar, *El Servicio Social de la Mujer en la provincia de Huesca (1937-1978)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2003.
- Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, «Origen y evolución del SUT», en Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma Landrín, Emilio Criado, Álvaro González de Aguilar y Antonio Ruiz Va, *Una juventud en tiempos de dictadura. El Servicio Universitario del Trabajo (SUT). 1950-1969*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2021: 31-84.
- Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, Muñoz Soro, Javier, Sesma Landrín, Nicolás, Criado Herrero, Emilio, González de Aguilar, Álvaro y Ruiz Va, Antonio, *Una juventud*

en tiempos de dictadura. El Servicio Universitario del Trabajo (SUT). 1950-1969, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2021.

Sáez, Guillermo, «Todo comenzó con el Servicio Universitario del Trabajo (SUT). El seguimiento de la Dirección General de Seguridad al SUT y al Frente de Liberación Popular», *Hispania. Revista Española de Historia*, 82/272 (Madrid, 2022).

Sesma Landrín, Nicolás, «Un golpe de realidad para la nueva clase media. Una mirada sociológica al SUT», en Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma Landrín, Emilio Criado, Álvaro González de Aguilar y Antonio Ruiz Va, *Una juventud en tiempos de dictadura. El Servicio Universitario del Trabajo (SUT). 1950-1969*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2021: 211-250.

Recibido: 01/09/2021

Aceptado: 05/09/2022

